

VOLVAMOS A LA TIERRA

Nuestros economistas están de acuerdo en estimar que la base más sólida de la prosperidad futura del país no se halla, ni en la minería - dependiente de factores externos que no podemos controlar -, ni en la industria fabril y manufacturera - que en muy pocas de sus ramas puede competir con éxito frente a las poderosas naciones que se han especializado en ella -, sino que en la agricultura, porque ésta, además de suministrar los productos necesarios para nuestro alimento, está en situación de proporcionarnos los rubros de exportación que nos permitan pagar los artículos que no creamos y que son indispensables para nuestro desarrollo material y espiritual.

Y es un hecho que la agricultura está todavía muy lejos de prestar al país los servicios que está llamada a darle. La superficie cultivada es demasiado reducida en comparación con el territorio susceptible de aprovecharse y necesitamos, por lo tanto, la ejecución de las obras que habiliten nuevos terrenos para la producción; el área actualmente aprovechable se encuentra, por otra parte, mal repartido y se debe, en consecuencia, realizar una política de división de la propiedad agrícola que tienda a colocarla en las manos que sean capaces de usarla con el máximo de provecho para la nación; los cultivos no se hacen de modo racional y científico, aprovechando los modernos adelantos, y es, entonces, imprescindible reemplazar por ellos los viejos métodos que todavía se emplean en el campo; se requiere, en fin, orientar todo el trabajo agrícola hacia la explotación de aquellos artículos que se produzcan en las condiciones más favorables en el país y que suministren más fáciles y productivos mercados de consumo.

Esta política agraria, tan sucintamente bosquejada en las líneas anteriores, exige una condición previa e indispensable, sobre la cual deseamos insistir en este artículo. Nos referimos a la necesidad de que los chilenos vuelvan a vivir en mayor proporción de la existencia campesina.

Múltiples factores han influido en que, tanto en Chile como en otros países, pero tal vez en el nuestro con más graves caracteres que en los otros, la población haya tendido a concentrarse en las ciudades. A esto se ha llegado por los defectos de la educación, que ha orientado hacia las carreras liberales a las clases medias y superiores, desvinculando al mismo tiempo a los hijos de las clases modestas del medio agrícola en que nacieron; la extensión de las comodidades urbanas

no fué compensada tampoco con una política que mejorara el standard de la vida campesina; los bajísimos salarios en dinero pagados en ésta provocaron naturalmente la huida a la ciudad en busca de mejores remuneraciones nominales y aun efectivas; las entradas agrícolas son eminentemente variables y aleatorias al paso que en los centros urbanos se pueden percibir con más seguridad y fijez.

La concentración del factor humano en las ciudades, producida entre otras causas por las señaladas y que se han hecho tan notable en los últimos decenios, es grandemente funesta para el país. Y ésto por diversos motivos. En primer lugar, por el que señalábamos, de disminuir los capitales y energías dedicadas a la explotación de nuestra fundamental riqueza. Y además, porque la excesiva población urbana, provoca la reunión de inmensas muchedumbres que son fácil presa de la propaganda de malas ideas sobre todo en los períodos en que las alternativas del mercado del trabajo sumen a parte importante de ellas en la desocupación. Por último, la vida en los campos, con iguales e inferiores recursos, es más sana e higiénica que en las ciudades, donde la raza decae en la promiscuidad de pésimas habitaciones y de no menos deficiente alimentación.

Juzgamos, pues, altamente beneficioso y halagador todo lo que tienda a descongestionar la agrupación urbana y a llevar a la existencia agrícola a grandes masas que hoy permanecen del todo desvinculadas de la tierra. Conocemos las dificultades de la empresa y estamos lójos de creer que para conseguirle pueda desarrollarse una política atolondrada y torpe. A nadie se ocultan los graves peligros que para la tranquilidad social se generarían de la trasplatación repentina al campo de gran número de personas que se han formado en la ciudad. El crecimiento de la población agrícola es una tarea lenta y compleja, que pide mucho tiempo para ser realizada y en cuyo cumplimiento debe usarse de múltiples sistemas y combinaciones.

La educación desempeña en ésto, como siempre, factor preponderante. La instrucción no puede seguir orientada, como hasta aquí, en su ciclo medio superior, únicamente hacia el ejercicio de las carreras liberales, hoy sin ningún porvenir, por el exceso de quienes buscan el sustento en ellas. Si en forma tan unánime se reconoce que la agricultura encierra la fuente más segura de nuestra prosperidad económica, lógico es entonces que a preparar dirigentes del trabajo campesino se dirija principalmente la formación general. No puede continuarse, en efecto, con la costumbre de enviar a la dirección del cultivo agrícola a los jóvenes que han demostrado menos preparación e inteligencia en el curso de sus estudios. La educación femenina

en las familias pudientes está también en condiciones de ayudar de modo apreciable, ya que no debe seguir preparando mujeres de salón, dispuestas a hacer de la vida sólo una permanente sensación de placer y exhibición de lujo, sino verdaderas compañeras del hombre, decididas a sacrificarse junto con él, allí donde lo pide el interés de éste y las conveniencias colectivas. Y la instrucción primaria que se da a las clases modestas en lugar de desarraigar a nuestro pueblo del campo, debiera llevarlo hacia él, por medio de una preparación adecuada y práctica y por el conocimiento de todas las ventajas de esta clase de vida.

Es también fundamental en la ejecución de una campaña de esta especie, el propender por todos los medios posibles a elevar el nivel de vida en los campos. Es urgente construir habitaciones sólidas e higiénicas, de modo que la vivienda en los predios agrícolas no signifique el abandono de todos los adelantos de la civilización, el retroceso a formas de existencia verdaderamente bárbaras. Las remuneraciones al elemento trabajador deben alzarse en proporción con el aumento del costo de la vida y con las ganancias también mayores que percibe hoy el capital dedicado a esta explotación, como consecuencia del mejoramiento de los precios de los precios de los productos agrícolas. Cierto que el salario en dinero no mide todo el beneficio que el obrero recibe, pero, así y todo, está muy lejos de constituir una justa participación en el producto y, sobre todo, de suministrarle lo necesario para sus necesidades ^{mas}apremiantes. Esta retribución desproporcionada hace que el trabajador agrícola, imposibilitado para formarse una situación independiente, se vea condenado, no obstante sus esfuerzos, a vegetar siempre en un estado de dependencia y de escasez. Los directores de la labor campesina, deben acostumbrarse a residir al pie de esa tarea, bien atentos al desarrollo del cultivo, en conocimiento de todos los factores en juego y, principalmente, del elemento humano, que así pueden llegar a conocer y estimar. Los adelantos de la cultura han hecho, por lo demás, mucho más fácil la residencia en el campo, porque las distancias materiales se acortan con el mejoramiento de los medios de comunicación y ellos hacen también el prodigio de que por lejos que se encuentre, el hombre no se sienta espiritualmente sólo, cuando lee los diarios de la ciudad, converse por teléfono con los amigos lejanos y oye las noticias y las manifestaciones artísticas que la radio le lleva desde largas distancias.

He aquí, pues, otro hermoso campo de acción que los jóvenes conservadores están decididos a emprender. Volver a la tierra significa recuperar las viejas virtudes de nuestro pasado, preparar en la mejor forma la reconstitución de la economía nacional y recorrer el camino seguro de nuestra felicidad en el porvenir.

A.S.B.

